



BITÁCORA

SUPERADA EN EL CORAZÓN Y OTRAS VISCERAS

Escribo estas líneas con Tita, la gata de mi madre, maugritándome en demanda de atención. Así que me detengo y se la doy, porque todo lo que quiere es cariño y siento, quiero creer, que el amor de mi mamá está en ese cuerpo rechoncho y peludo. Es casi de peluche, blanca con manchas rubias, pero late y palpita. Tiene porte de reina. Su gesto habitual es como de estar juzgándote. La veo y puedo vislumbrar un futuro en el que recupero mis ganas de divertirme y hago memes con su foto. Ahora vive conmigo, porque su humana murió. Yo soy la que necesita

La mudanza no fue fácil porque acá ya vivían mis dos gatos, Carlos Alberto y Luis Alberto. Además, solemos tener a Lila, la vecina felina, Coco, el gordo panda y Adrián, el precioso boludón, que vienen de visita y son los tres okupas fijos. Siento, quiero creer, que si un montón de seres mágicos como estos eligen husmear, comer y estar acá, conmigo, es que hay algo bueno en mi entorno, mi hogar, que es también de ellos.

El caso es que a una gata huérfana no le hace gracia mudarse, y menos a un lugar plagado de otros felinos. Y Tita lo hizo saber a su modo monárquico: gruñe para que Carlos y Luis no se bipolaridad hilarante y consigue mis primeras sonrisas en, ya, tres semanas y cuatro días.

Carlos Alberto es negro, atigrado, un poco ruin y esquivo, como un tigre viejo y desconfiado. Me ama con devoción. "Sos su dios", me dijo F. una vez y yo le discutí "no, a veces me muerde", pero él insistió: "claro, todo el mundo a veces se enoja con su dios". A Tita la acepta, es el único gato al que no quiere desterrar de mi lado. La mira con curiosidad. Se deja amenazar con calma de anfitrión. Cuando alguien me hacía algo malo y yo me sentía angustiada, le decía a mi mamá

A Luis Alberto lo consideramos bebo por siempre, aunque ya tiene seis años. Es rubio, con cara de vampirito bueno, le gusta salir a cazar, hacer caca detrás de los muebles y todo lo que desea en la vida es hacerse ovillo con otro gato. Carlos no solo nunca se prestó para eso, sino que lo faja seguido. Lo tiene cortito a pulso de zarpazos y el salamín vive en estado de terror. A Tita la ansía a lo lejos, cuando ella gruñe le guiña un ojo en señal de confianza. La mira con paciencia. La ama. La espera planeando las mejores siestas. La última vez que hablé con mi mamá le recomendé una serie porque me dijo que quería "meterse en la camucha". Siempre le gustó irse a dormir temprano. Cuando yo era una niña, mi papá le decía al verla rumbear al cuarto a eso de las ocho de la noche: "ahí va el piyama más rápido del oeste".

porque necesito hablarte. Todos los días necesito decirte algo. Que te quiero, que sos tarada por no haberme avisado que me olvidé un sobre con documentos en tu casa y lo que busqué toda la

pandemia, que te extraño hasta el dolor de cabeza, que veas *Midsomar* ahora cuando la pongan en Netflix porque tiene todo eso que nos encanta a nosotras del terror, que F. se está portando re bien y es un gran apoyo en medio de toda esta tristeza, que no entendemos qué pasó todavía y no estás para explicarnos.

Cuando hicimos el sumario para el **número 8 de DIGAN SUS ELOGIOS** con la mafia positiva estábamos felices; fue nuestra primera reunión presencial y aún planeábamos la fiesta lanzamiento, a la que viniste, "me arranqué el piyama", dijiste y esa noche nos hicimos nuestra última foto juntas. Ahora releo el material y me atraviesa el presagio que entonces no vi, cómo iba a saberlo, nosotras no creemos en esas cosas, pero que las hay, las hay. En literatura estrenamos Un niño pequeño, un minirrelato cruel y hermoso de Francisco Garamona, y Mil maneras dignas de morir, un relato de Mariana Armelin que, bueno, se explica en sí mismo, ¿no? El capricho es sobre comidas favoritas, lo nutricio, con textos de Agustina Bazterrica, Nicolás Teté, Alejandra Zina, Juanjo Conti, Julieta Habif y Martín Villagarcía. Hay dos reseñas: de Negro casi azul, de Paula Mariasch, por María Miranda y de Bajo sus pies, de Leticia Obeid, por María Paz Tibiletti, dos novelas que transitan la muerte y el duelo de madres. Además, está la entrevista a Piranha, un tatuador, que hizo Darío Sosa, que igual, aunque no tenga mucho que ver, me hace pensar en vos, claro. Todo me hace pensar en vos.

Tita maugrita y la acaricio mecánicamente, pero freno. Se merece mi atención, no es justo dar amor sin brindarlo. La dejo guiarme para ver el modo en que más le gusta, adivino en el proceso qué hacías vos con ella. Es una bruma que enceguece y ahoga, al principio no se sabe para dónde ir, cómo seguir, qué hacer, pero si se avanza así, sin certeza, de pronto se llega a sacar la nariz, para que entre oxígeno, y al tiempo se puede ver otra vez. Es todo diferente porque esa bruma sigue ahí, pero se aprende a mirar a través.

DANIELA PASIK DIRECTORA EDITORIAL



el abrazo, el contacto amoroso, pero ella lo expresa y reclama.

acerquen mientras se me refriega para que la acaricie. Bufa, ronronea, bufa, ronronea. Es una

"qué hago, qué hago" y ella respondía "nada, está delirando, no des pelota".

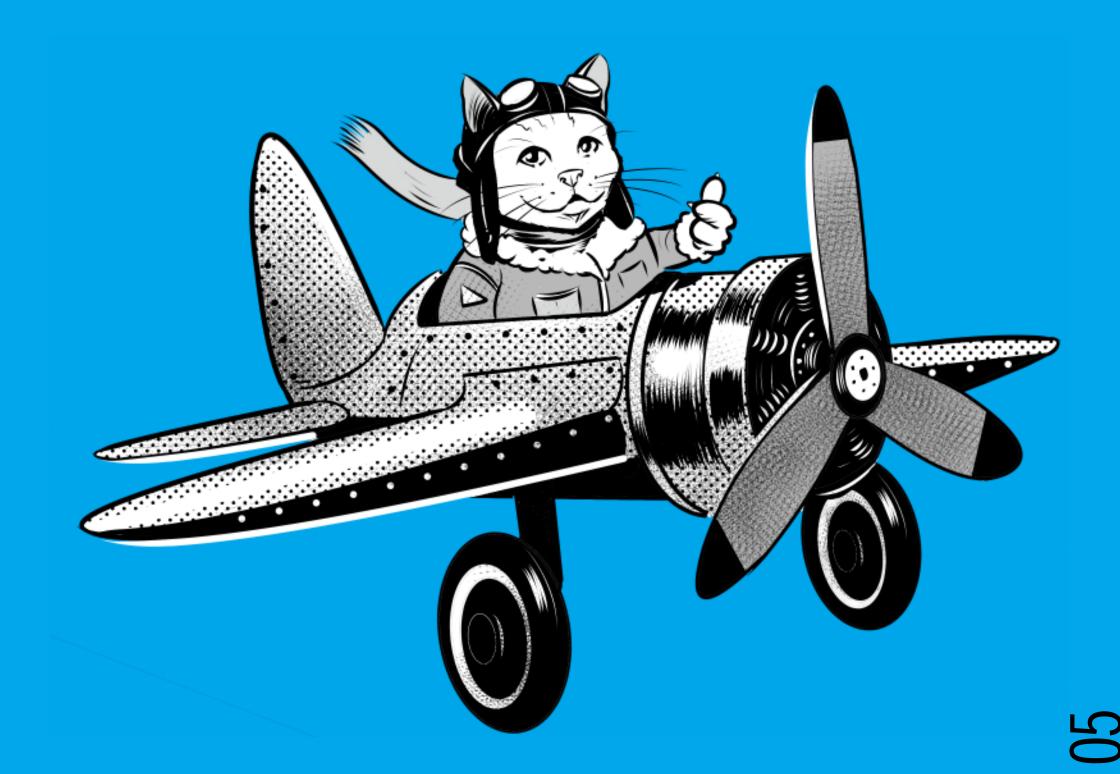
Este es el primer texto que escribo y no vas a leer, así que paso a esta segunda persona imposible,

UN NIÑO PEQUEÑO, MINIRRELATO DE FRANCISCO GARAMONA

Es un párrafo, pero contiene no solo una historia, sino un mundo. La vejez y la infancia, el terror y la alegría son algunos extremos que construyen un cuadro en movimiento, como el de este texto, hasta ahora inédito. Un cuentito adorable y cruel que juega con el miedo, en escenas que se ven y escuchan. Qué se podía esperar de un autor que es poeta, músico, un fulgor de intensidad.

ILUSTRACIÓN: CJ CAMBA

Un niño pequeño con corbata y traje azul habita dentro de un cuadro. Pero cuando es de noche y todos duermen, él sale a dar una vuelta por la vieja mansión, propiedad de dos hermanas ancianas. Un perro blanco, que parece una alfombra porque siempre está tirado en el suelo, levanta la cabeza y lo ve pasar. El niño conoce el secreto del fuego y el del rayo. Y también sabe desintegrar sus propios colores en una espesa niebla de color ceniza. Sus mejillas rosadas, el arco de sus cejas pintadas con un pincel de pelos casi invisibles. Levanta sus manos y trepa por la vieja chimenea y también lo hace sobre el techo, andando cabeza abajo. Y su risa parece el sonido de cuando se rompe una vieja tela desgarrándola con las manos, de una forma seca, y abrupta. Los sirvientes de la casa cuentan que al cuadro del niño lo pintó una de las hermanas, pero no pueden precisar cuál de las dos, ya que son gemelas, y viven durmiendo en sus camas. Por las noches se escuchan pasos sobre los tejados y la antena parabólica del servicio de televisión por cable parece interrumpir sus transmisiones, con plenos de color que se interponen entre las escenas de películas o seriales, o a veces también parece que la tensión de la electricidad de la casa se sobrecarga y explotan los fusibles y todo queda sumido en la más profunda oscuridad. Y solo se ven unos ojitos, que guiñan intermitentemente, en su camino a la felicidad.



SOBRE GUSTOS AHORA SÍ HAY ALGO ESCRITO

Cuando un libro entusiasma, al recomendarlo se suele decir "me lo devoré". Para crear un texto es necesario tener hambre, saborear ideas y palabras hasta quedar pipones. Cocinar y escribir, leer y comer pueden ser experiencias similares. El placer, la memoria, vaciarse y llenarse, todo se amalgama. Seis autoras y autores en la mesa, con sus odas personales a las delicias que nutren sus cuerpos y espíritus.

POR: E. LOGIAN ILUSTRACIONES: CJ CAMBA

Un texto es capaz de evocar el disfrute de un postre o la saciedad de un plato casero, familiar. Comer es un acto solitario, pero se vuelve feliz al compartirse. Igual que el acto de escribir. La mesa, como espacio físico, puede ser epicentro de proyectos, amores, batallas. Del mismo modo que una biblioteca bien nutrida. Se han construido y derrocado imperios al ras de un mantel del mismo modo en el que un libro es capaz de cambiar vidas.

Me gusta mucho estar pensando ideas para escribir, es como sentir el palpitar de la tertulia y ponerse con los preparativos del encuentro. Por eso, para mi octavo capricho, convoqué a seis chefs de la escritura, que armaron un menú de lujo, con un platillo culinario narrativo cada cual y ahora estamos gritando bon apetit.

Agustina Bazterrica —que volvió veggies al menos un rato a quienes hayan leído su *Cadáver exquisito*— hace un top 3. Nicolás Teté es director, productor y guionista de cine —también escribió los relatos de *Nada nos puede pasar*— y jura que podría pelearse por comida. Alejandra Zina, deliciosa autora de todo género y con la suculencia que le da ser una de las organizadoras del mítico ciclo *Carne Argentina*, evoca un pasado familiar con su padre en la cocina. Juanjo Conti desarrolló el software de maquetación *Automágica*, con el que publicó una novela y tres libros de relatos; ahora hace la ingeniería del recuerdo de un viaje usando el sistema de la galletita de Saer, que es la magdalena de Proust y que, en su caso, es el sándwich de milanesa. Como buena editora de *El gato y la caja*, Julieta Habif demuestra científicamente cómo una ensalada de frutas puede ser una sinfonía. Finalmente, el poeta y narrador Martín Villagarcía —igual que el protagonista viajero de su *Nunca nunca nunca quisiera volver a casa*— agasaja y seduce, pero en su caso, con pastas.

Así que, comensales lectores, a desplegar las servilletas, que esta mesa está servida.





CEREBRO DE ALIEN, SUSHI DECONSTRUIDO Y CAFÉ

POR: AGUSTINA BAZTERRICA

Empecemos por este dato fundamental: amo comer y la persona que contribuyó para que esto ocurriera es mi hermano Gonzalo, que es chef y me enseñó a disfrutar de la buena comida. Gracias a él, por ejemplo, conocí a un gran amor gastronómico: el kimchi. Es un fermento coreano, muy saludable, riquísimo, pero que estéticamente parece el cerebro de unalien, algo que está vivo y que podría comerte (y está vivo, porque tiene bacterias, pero de las buenas).

Hay otro plato que me fascina, que hago desde hace poco. Me gusta mucho el sushi veggie, entonces me armé un sushi deconstruido. Preparo arroz de sushi, palta, mango o papaya, rabanito, zanahoria, queso crema (también queso vegetal), salsa de soja y placer.

Y, por último, porque no puedo traicionar a mi otra gran pasión: el café. Mi ritual es el horror de los baristas mundiales, pero no me importa. Todos los días muelo granos de café de distintas partes del mundo (hasta acá me aceptan en la Asociación de Baristas), pero después caliento leche de almendras en el espumador, agrego canela (horror, horror) y ahí me pierdo en el vicio de la droga diaria. Amén.



COMIDA, TE QUIERO MUCHO

POR: NICOLÁS TETÉ

Hace unos días volvía a mi casa cargado con bolsas. Había ido a comprar los ingredientes para hacer un curry, aprovechando que mi novio estaba en una clase y quería sorprenderlo cuando llegara. En ese momento tuve una revelación: esto es algo que disfruto. Cocinar, pensar un plato, buscar la receta, decidir qué paso sigo y cuál no porque no me gustan las instrucciones. Me encanta cocinar. Para uno, para dos, para más. Me gusta compartir ese momento. Creo que cocinando medito. Me hace bien y feliz.

Pienso mucho en mi comida favorita. Pienso mucho en comida. Me cambia el humor, me motiva, me puedo pelear por comida. Es central en mi vida. Tengo muchas anécdotas relacionadas con la comida. También siempre puedo pensar comidas en relación con momentos de mi vida.

En la casa de mi abuela Ester siempre se almorzó tarde. Los domingos al mediodía entrábamos corriendo, por más que tuviéramos mínimo dos horas de espera para comer. Yo agarraba el diario y me ponía a leer el suplemento de espectáculos. Mis hermanos corrían por toda la casa. Mi abuela amasaba los fídeos. Cuando llegaba el momento de usar la pastalinda, ahí los tres hacíamos cola, todos queríamos girar la manivela. Mi abuela nos mandaba a lavarnos las manos. Ella, antes de cocinar, limpia todo con vinagre o alcohol. Su cocina está impecable. Cada vez que cocino con la mesada sucia pienso en que mi abuela me mataría. En general, el menú de los domingos era fídeos caseros con estofado. Yo los pedía con crema porque hasta la adolescencia fui de esos que le tenían asco a la mitad de las comidas. En mi caso: salsa de tomate, lentejas, mayonesa.

Cada vez que como pasta casera pienso en mi abuela. La nuez moscada también me hace pensar en ella. La crema pastelera me hace llamarla por teléfono. Cuando hablamos, compartimos recetas o por lo menos nos decimos qué cosas ricas estuvimos comiendo. Hace unos años vino a quedarse a mi casa unos días. Una noche, no queríamos ir al supermercado y a ella no le gusta mucho pedir comida. Abrió la heladera y se puso a cocinar algo con lo que había. Agarró huevos, tomates, cebolla y pimientos. Estuvo un rato y de repente puso en la mesa un plato de shakshuka. Cenamos. Estaba riquísimo. Intenté hacer ese plato un par de veces, pero nunca me salió ni cerca de su sabor.





CON MI HERMANA Y MI PAPÁ EN MAR DEL PLATA, EN LA ÉPOCA DEL SOUFFLÉ

POR: ALEJANDRA ZINA

Era alto y esponjoso como su nombre francés. Arriba, un amarillo intenso, irregular, en algunas partes el huevo tostado formaba costras y cráteres, pero al cortarlo el amarillo se volvía casi blanco y los granos de maíz se desparramaban como pepitas de oro. Escondidas en el interior, como la sal de la vida, se podía ver las láminas minúsculas de jamón cocido.

El soufflé se deshacía en la boca y todo se mezclaba suave, dulce y mítico contra el paladar. Es la única comida que le vi cocinar a mi papá. Hasta mis nueve años, todos los recuerdos con él transcurren el fin de semana, cuando no iba a la oficina o cuando volvía de sus viajes de trabajo. De pronto algún mediodía del sábado o domingo, lo veíamos acomodar los ingredientes sobre la mesada, batir por separado las yemas de las claras, abrir las latas de choclo, revolver, poner a calentar el horno, verter la mezcla en la asadera desmontable y finalmente llevar a la mesa la obra terminada, con el orgullo y la pomposidad de los que cocinan cada muerte de obispo.



UNA LÍNEA VERDE ENTRE DOS FRANJAS AMARILLAS

POR: JUANJO CONTI

Puede sorprender por lo sencillo y específico, pero en la actualidad no hay comida que me genere mayor felicidad que un sándwich de milanesa de pollo con lechuga y mayonesa en pan blanco tostado. ¿Por qué? Paso a explicar cómo fue que su sabor, textura, olor, colores y hasta el sonido que hace cuando lo mordés quedaron hardcodeados en mi cerebro.

En el año 2018 viajamos de Viena a Budapest. El plan original era ir en tren, pero finalmente elegimos como medio de transporte el autobús porque era más barato. Por supuesto, los euros ahorrados fueron pagados con incomodidad, retraso y hambre. Cuando llegamos a la capital húngara, ya hacía varias horas que era de noche y lo único que encontramos abierto fue un Burger King a media cuadra de la basílica de San Esteban. Comimos Chicken Burger sentados en su gran escalinata de piedra y el sabor en la boca de esa combinación de ingredientes reconocibles me transportó de inmediato a mi país, destino más que apropiado para alguien a quien viajar le produce una leve ansiedad. Fue como la galletita de Saer, que es la magdalena de Proust, o el ratatouille para Anton Ego, el crítico de comida más duro de París. Solo que, en lugar de viajar en el tiempo, viajé en el espacio.

Cuando hoy como ese sándwich, que por lo general preparo yo en lugar de ser servido por una cadena de comida rápida, el viaje tiene la esencia de un doble salto mortal: del presente al momento exacto de esas vacaciones y de estar sentado bajo el cielo nocturno y sobre piedra al más reconfortante de los estados mentales. El cerebro, se sabe, es una computadora muy poderosa.

MI ENSALADA DE FRUTAS

POR: JULIETA HABIF

A unos cuarenta pasos de mi casa hay una verdulería atendida por un matrimonio boliviano. Él es Jehovanny y ella es Domi. El local tiene el tamaño de un baño grande, digamos apasillado, y detrás de la caja (a la que nunca llegué, porque se pide y se paga reja mediante) hay una cortina hacia un espacio cuya dimensión desconozco, pero es donde Domi corta, entre otras cosas, las frutas de mi ensalada favorita.

Hay algunas que están siempre: durazno, pera, uvas, papaya, por ejemplo; hay otras de estación, como melón o sandía o frutilla y cada tanto hay extrañezas, arándanos, pitaya, damasco. Cómo explicarlo, cada ensalada es una versión única y maravillosa. Pensá en tu canción favorita y pensá en un piano en medio de una peatonal de microcentro y pensá en un gran artista, Charly o Fito o Argerich, sentándose a tocarla un minuto. Ese momento, que por más que vuelva a suceder no se repetirá jamás, es para mí cada ensalada que compro, semana a semana, a cuarenta pasos de mi casa. Domi logra algo que a esta altura del mundo parece imposible: con lo mismo, me sorprende.

En unos días me mudo a más de seis kilómetros de la verdulería. Les dije que planeo pasar los sábados a la mañana, después de desayunar, a buscar un pote o dos. Pero no sé si lo voy a hacer. No sé si prometo desde el apego. No sé si todo esto es, en realidad, un poco de nostalgia precoz.

FIDEOS FAMILIARES, PASTAS SEXYS

POR: MARTÍN VILLAGARCÍA

No me considero una persona particularmente sencilla, pero mis gustos por la comida son simples. Desde chico siempre me gustó la pasta, la que amasaba mi bisabuela los domingos, colgada de los barrotes en la cocina mientras hervía en una olla la salsa de tomate. Después fue mi abuela quien se ocupó de continuar el legado, primero con el palote tradicional, y desde fines de los 90 con una pastalinda. Mi mamá nunca cocinó, siempre había demasiada gente en la cocina de mi casa, y para cuando ya no quedaba con vida ninguna de ellas, me tocó a mí heredar este blanco hábito, que pongo en práctica en ocasiones especiales para agasajar a mis amigos o seducir a mis amantes. Sin embargo, tengo que confesar que cuando estoy solo o en compañía de alguien muy íntimo, por sobre el extático sabor de la pasta amasada con las propias manos, por encima de cualquier salsa casera o pesto de albahaca o morrón, lo que más gozo es un plato de fideos de paquete con manteca. Un generoso trozo de manteca que, al contacto con la pasta al dente recién colada, pasa de estado sólido a líquido envolviendo cada tallarín con su febril abrazo. Por último, y a modo de corona, para este plato que gobierna mi paladar, no puede faltar una abundante lluvia, no, una tormenta, no, un chaparrón de queso rallado. Y cuando ya está todo dispuesto en su lugar, enroscar en el tenedor un abundante ovillo de fideos. Y adentro.

MUCHAS GRACIAS A LAS AUTORAS Y AUTORES QUE COMPARTIERON ESTAS TRASTIENDAS NUTRICIAS, CON SUS FOTOS. Y CHIN CHIN PARA MARTÍN GAGLIANO POR LA PRODUCCIÓN.

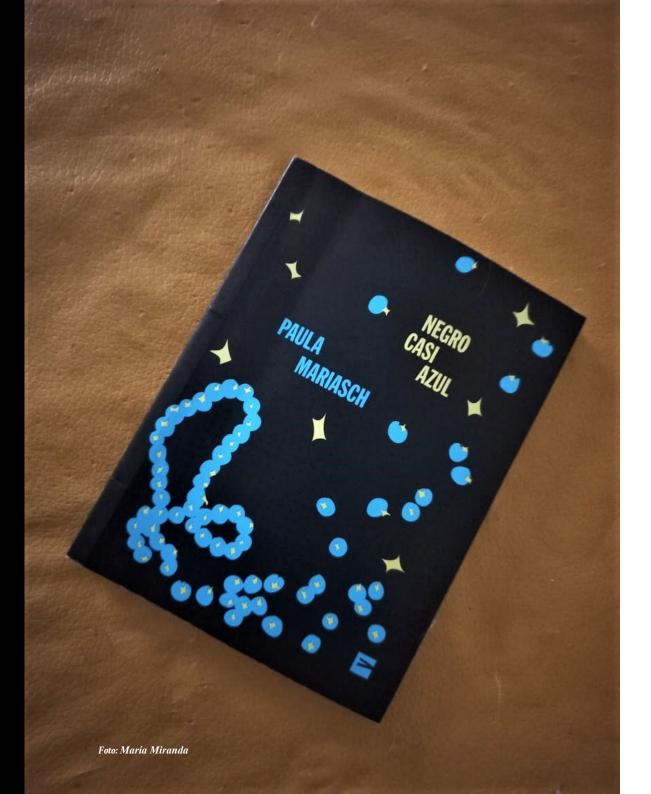




NEGRO CASI AZUL, DE PAULA MARIASCH: DESARMA Y SANGRA

"Heridas que vienen, sospechas que van y aquí estoy, pensando en el alma que piensa y por pensar no es alma", escribió Charly García. Es la letra de una de las canciones más lindas de Serú Girán, y también sirve para acompañar-elogiar este debut literario, que además sale por la flamante Vinilo Editora, que piensa los libros como discos. Otros adjetivos para esta historia: concisa, ágil, demoledora.

POR: MARÍA MIRANDA



"Quiero pasarla bien y no llorar después", anhela con fuerza, pide casi como un suplicio, la narradora. Paula, la protagonista, es alguien que busca. Una relación, el amor, ser madre son distintos aspectos de su deseo. No se mezclan. Apenas se tocan y hasta se repelen al instante. Mientras se le escurre esa arena entre las manos, sigue cavando, hurga hasta que se desarma y sangra mientras una tragedia familiar se cuela en sus días.

Negro casi Azul (Vinilo Editora, 2021) es el debut como escritora de Paula Mariasch. Ilustradora y fotógrafa, la autora construye esta no ficción como un collage de momentos. Polaroids de un pasado trágico se superponen sobre un presente dibujado entre tristezas y esperanzas. Es el autorretrato de una mujer que se desarma para armarse constantemente, pero que siempre queda incompleta.

Paula tiene 41 años y sabe que quiere ser madre. Se somete a varios procesos de fertilización asistida. Fracasan. También quiere enamorarse. Ambas cosas no se le dan en conjunto ni por separado. Su cuerpo parece hostil, igual que el entorno que envuelve esta historia. Seda el dolor con antidepresivos, ansiolíticos, gotas homeopáticas. Calla su soledad mientras narra encuentros y desencuentros amorosos.

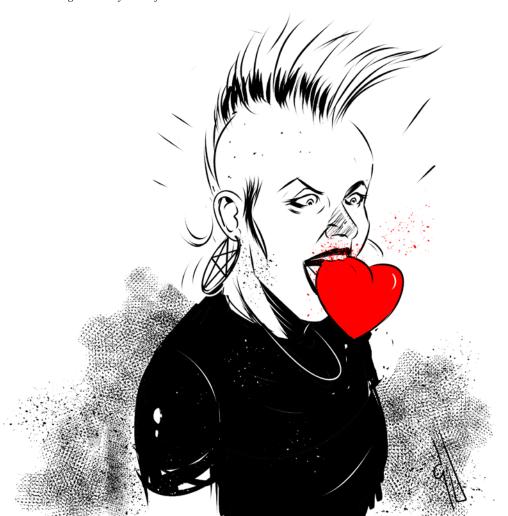
"Estas son las sandalias que dudaba si comprar o no. Esta es la cartera amarilla que voy a usar hoy para la cita. Este es el chico de la cita, sus rulos, sus ojos chinos, las manos flacas. Este es el bar donde vamos a pedir dos cafés que pagaremos a medias. Este es el tiempo que se está llenando y pasa", enumera la narradora en el inicio de la historia y ya deja así la marca, el ritmo que avanza y retrocede en capítulos breves. La historia atrapa desde ese primer fragmento y, después, cuidado, porque desarma a quien lee para dejar que una sus retazos sobre un final, pero casi jadeando, con la pregunta atravesada: ¿dónde está el amor?

La autora desglosa listas de cosas que hace y que piensa para atravesar la búsqueda de concretar las cosas que desea y el fracaso de que no funcionen. Otra lista iniciática: "Me tomé tres clonazepam de un 1 mg, un Valium vencido heredado de mi mamá, gotas homeopáticas varias (avena sativa para el sueño, argentum para callar el cerebro, hepar bovis para la limpieza intestinal, unos globulitos que son como terrones de azúcar) y me unté una crema cannábica en el omóplato derecho sobre un nudo enorme. Hierve el agua para los fideos. La segunda inseminación es mañana cerca de las once".

Mariasch logra contar mucho, con lo que parece poco. En muy pocas palabras grafica en su inmensidad el proceso del duelo, muestra cómo es el desamor, deja rastros de la forma en la que pasa el tiempo. Y todo sin hacer tanto espamento, con una escritura sencilla que permite ver las escenas con claridad y percibir en el cuerpo cada sensación que atraviesa la protagonista. "El sol sobre los ojos inflamados cura, alivia y duele al mismo tiempo. A veces se paspan, las lágrimas se secan formando una lámina transparente, respirar al sol y sentir que algo vuelve, que seguimos acá, casi a salvo, aunque el bienestar está en el infinito", es otra de las fotos de instantes que muestra en palabras.

Con frases demoledoras y ocurrentes, a la par de imágenes bien descriptas, Mariasch consigue que, al llegar al final de esta historia que es en un primer plano triste, en vez de sentir alivio quien lee quiera seguir. Es todo tan simple y avasallante, que el deseo inevitable es el de querer saber cómo continúa la vida de Paula. Se agarra el librito pequeño, de 72 páginas, y se le dice en voz alta: "¿cómo que no hay más?".

Negro casi azul, de Paula Mariasch. Vinilo Editora, 2021. 72 páginas. Se consigue solo en formato físico.





Tengo un novio al que me refiero como no-novio porque típico que, como es de esas personas ultra lógicas, un día en un ataque de literalidad declara "nunca dije que fuéramos novios". El me mostró lo que es la dignidad. La de *Los Simpson*, claro, cuando el padre de Milhouse dibuja un garabato y se indigna porque su esposa no adivina qué es. "¿No reconoces la dignidad cuando la tienes delante?", le grita. Desde que me enteré hace seis días que mi hermano tiene cáncer de esófago pienso cómo escribir todo esto, o a qué personaje de una novela o cuento ponérselo, y se me aparecen flotando como en la presentación del dibujito animado dos títulos: "La dignidad" y "Mil maneras de morir". Ya tengo por dónde empezar.

Una muerte digna es instantánea. Sin dolor, sin deterioro. Sin sondas ni tubos ni drenajes ni vías ni papagayos. La muerte súbita, la mejor de todas. Morirte durmiendo, hermoso. Hasta un accidente horrible, si te morís ipso facto, podría ser mejor que el proceso canceroso. Si vendiera muertes dignas, me llenaría de guita.

De un resbalón, desnucado contra el borde de la bañadera.

No quería conocer las bolas de Siro, no estaba preparada. Ni siquiera se las había visto cuando éramos chicos, aunque nos peleábamos mucho cuerpo a cuerpo y jugábamos a *Titanes en el ring* (¿será por eso que le propongo mucho ese tipo de juego a no-novio?). Fue cuando lo llevé al baño y lo ayudé a levantarse del inodoro que se las vi. Es que lo tienen con un camisolín. Ahora también tengo un frasquito con los dientes que se le salieron en la última endoscopía.

Incendiado en la cama, que se prendió fuego con un pucho, mientras estaba atiborrado de comida e intoxicado de alcohol.

Voy a su casa a tirar la basura, llevarme algunos alimentos antes de que expiren y ver cómo quedó todo después del apuro de la ambulancia. Qué tironeo morboso el de hasta dónde revisar la intimidad del otro. Solo incursiono en:

-La cocina, donde chequeo las alacenas y latas de galletitas, la heladera, el freezer y la cava. Leche chocolatada, crema, jamón crudo te la tengo jurada, volveré por ti con autorización. Rumbas, Chocolinas. Vinos que no conozco. Demasiada comida para alguien que no lograba tragar. ¿Un optimista o un negador?

-El baño, con algunas cajitas de remedios en el piso que suman dramatismo a la escena del colapso, aunque él me lo advirtió.

No soy la única drug friendly de la familia. Omeprazol, Valium, Benadryl, Aseptobron, Diclofenac y otras cuyos nombres son difíciles de recordar. No tengo que revisar ni abrir ninguna puertita, está todo ahí. Remedios por doquier, algunos también los aprovecharé.

Mi madre es acumuladora y descubro que mi hermano, que se suele quejar de ella, también.

Pensamientos que llegan como rayos: uno, lo que va a ser vaciar este departamento si se muere y dos, si uno no ama, compra. Sueldo fijo, no tenés familia, gastás la plata en pelotudeces electrónicas y cosas ricas caras.

Sepultado por una avalancha de objetos pesados apilados sobre un ropero al intentar abrirlo.

El cuerpo médico es variado en estilos. Los clínicos residentes son jóvenes y de múltiples nacionalidades y provincias, pero ya tienen el germen de la displicencia. Me llama la atención uno por su corta edad y sus zapatos de bailantero y me cae bien la correntina porque me hace acordar a Selva, un personaje que escribí. Me espeluzna el cirujano de tórax, un cheto con pinta de rugbier que viene con el pelito mojado y el calzoncillo a la vista. El infectólogo, que aparece siempre con el casco de la bici, me parece ciclotímico. La oncóloga, que entró medio a los gritos a Emergencias, me gusta porque no se anda con vueltas.

Electrocución al pisar un charco donde hay un cable pelado.

Pasó una semana y lo cambian de sector. Del shock room a una habitación más hotelera. Lo mueven con todas sus cosas, entre ellas, un inhalador de salbutamol para los bronquios que le dieron en la ambulancia cuando lo internaron y que me afano porque él no usa. Se empieza a quedar a dormir con Siro su amigo Blas, que dice que no está bueno que esté solo por las noches. Aunque sea un sanatorio privado en el que ni bien se toca un timbre aparece alguien, aunque mi hermano vivía solo hasta hace quince días. Me hace sentir en falta.

Pasa una semana más y me contagio covid. Quedamos aislados. Yo, en mi casa con mi hija y él, en el sanatorio con Blas. Le tengo que avisar a un montón de médicos que fueron contacto estrecho, incluido mi tío de 86 años, el médico estrella, pero estoy aterrada de haber contagiado a mi hermano. A los cinco días se confirma que sí, también es positivo. No-novio me dice que es una pandemia, que no puedo pensar que yo lo contagié, que pudo haber sido al revés, o pudo haberlo contagiado cualquiera, pero siento cómo sus amigos me odian silenciosamente. Frente a mis ojos danzan, como esos efectos de video de casamiento de los 90, las caritas multiplicadas de la enfermera que no se quería vacunar y del tipo del estacionamiento que tenía los ojos llorosos y parecía engripado.

Autoapuñalado con un cuchillo tramontina al caer por la escalera caracol de tu casa.

Odio a Blas. Todos lo aman por incondicional, a mí me parece excesivo, invasivo. Me objeta, opina, da órdenes, me interrumpe cuando hablo, pone presión para que yo consiga cosas. Cuando todavía nos turnábamos para cuidar a mi hermano, un día llegué llorando porque tenía el resultado de la anatomía patológica: adenocarcinoma de la unión gastroesofágica. Le conté sobre mis dudas de cuánto decirles a mis padres y contestó "¿para qué los vas a preocupar si tal vez se mueren ellos antes?". No me molestó su sinceridad brutal, la agradezco, me fastidia que todos

prefieran la ignorancia. Es como si esa canción de Living Colour, *Ignorance is bliss*, fuera el soundtrack oficial.

Nos desaíslan y vuelvo a ver a mi hermano, que es una versión extraña de sí mismo. Estaba 30 kilos más flaco que hace un año y medio y bajó mucho más en la internación. Tiene miedo de que lo abrace. Quedó traumatizado por el covid. Le ofrezco masajitos en los pies, acepta. Le recuerdo una frase que dijo de chico y mi familia repitió durante años en las reuniones nostálgicas: "para sus asquerosos pies y sus sucios y amarillos dientes", nos había gritado una vez a mi mamá y a mí mientras nos tiraba una pantufla y un cepillo de dientes. No hace otra cosa que pensar o dormir, dice. Me confiesa que tiene miedo a la muerte y al dolor. En una sola oración. Y eso es todo. No habla más del asunto. Cuando le digo que están pensando en mandarlo a la casa con internación domiciliaria tiene un pico de voluntad y alegría, así que hace los ejercicios que le mandó la kinesióloga.

Aplastado por un container que se cae de un camión en la avenida Lugones.

Entre una cosa y otra pasa un mes y medio desde que empezó la joda. Siro ya está con internación domiciliaria. A veces me tiro al lado de él y lo acaricio, le digo que lo quiero, le sonrío. Lloro en la farmacia cuando me rebotan las recetas que el médico más boludo del universo hace mal una y otra vez. Finalmente, la corrijo falsificándole la letra. Lloro en el auto, lloro en lo de no-novio, lloro en mi primera clase de pilates, lloro cuando mi mamá me repite veinte veces lo mismo por teléfono o me cuenta como si fuera una novedad lo que yo vi en persona solo porque se lo contó algún amigo de mi hermano. Ellos fluctúan entre felicitarme por lo bien que hago las cosas y hacerme un jury. Como si yo fuera una bestia de circo a la que le dan su terroncito de azúcar cuando hace bien la pirueta o castigan si no hace caso. Los amigos de mi hermano son tan negadores como él.

Infarto masivo en la calle, elongando cuádriceps después de salir a correr, mientras esperás al que corría con vos, que entró a la farmacia.

Quiero saber a toda costa si se va a morir y cuándo, los pasos a seguir de acá en más, si hace falta que ordene sus cuestiones legales, si se tiene que despedir de gente, dónde va a ir su cadáver, si a la bóveda de mi familia en Chacarita o a cremación. No se lo puedo confesar a sus amigos ni a mis padres, creen que se va a salvar. Dicen que todo va mejor y ponen bracitos musculosos en el chat. No quiero ver un fucking bracito musculoso más. Planeo salidas de alto impacto del grupo de whatsapp, pero me freno porque necesito ayuda. Cada vez que puedo le pregunto el pronóstico a los médicos y me responden con evasivas. Igual, nadie quiere escuchar lo que sí tienen para decir. Siro, menos.

En la entrevista para empezar con los rayos, apenas nos sentamos y ante la primera pregunta de la médica, él dijo "esta silla es muy incómoda" y se las picó. Se levantó y se fue, así nomás. La

silla incómoda es la de la enfermedad. Lo entiendo. Pero es su enfermedad, no la mía. ¿De qué sirve que yo hable sobre los efectos que el tratamiento va a tener en su cuerpo? Cuando nos vamos, lo llevo en silla de ruedas por el instituto oncológico; imposible no pensar en el cochecito de mi hija cuando era chica. Jodo, le digo que vamos a hacer willy. Se sonríe, se deja.

Viene otro amigo suyo desde Río Negro, Pablo, para quedarse una semana con él. Si estás enfermo, primero sos rehén de los médicos y después de quien te cuida en tu casa. Tu casa, que ya no es más tu casa. Cuando estás al borde de la muerte ya no te importa que te reordenen las cosas, te abran los cajones o entren con la llave. Que encuentren tus forros y tus playboy o lo que te llevaste de la casa familiar sin preguntarle a tu hermana si a ella también le interesaba.

Decapitado por la hélice de un helicóptero que se desploma a unos pocos metros.

Tres días después de su cumpleaños, Siro entra a su segunda internación por una sepsis. Delira, habla de profesionales, de zombies, de aire y viento, de aviones con doscientas puertas, no nos reconoce. Me mira y dice con esta forma nueva de hablar que tiene, más lenta: "quiero poder desear algo". Más claro no se consigue. El deseo es todo. El deseo es vida. A la semana recobra la consciencia. Estamos sentados uno al lado del otro en la cama del sanatorio, de costadito con las piernas colgando y miramos por la ventana. Él escupe en su jarrita y, como toso también, me la pasa, hace un gesto para que yo escupa. Sigue mezclando todo lo que siempre me ocupé de separar.

Tengo las bolas llenas. De la muerte, del cáncer, de hablar sobre lo que mi hermano no habla, de querer que viva en contra de su voluntad. De sus amigos que no aceptan que él ya se quería morir desde antes, que no pueden ver que no quiere dar batalla activa, que reclaman al mejor médico del mundo y fantasean con que eso lo va a curar.

Ahogado en vómito, intoxicado por una estufa a kerosén.

Siro vuelve a su casa. Le puse una cuidadora en la semana y una franquera joven para sábado y domingo. A los dos días, veo que faltan algunos perfumes. Empiezo a preguntar, me angustio, desconfio de todos, del enfermero, la cuidadora, la franquera joven, los amigos, me imagino a cada uno diciendo "si total no los va a usar más". Le planteo la situación a mi hermano y a su amigo Pablo, que vino de Río Negro otra vez. Lloro, soy Andrea Celeste. "Es un perfume", minimizan. No me importa el perfume, me importa no poder confiar.

Todos le sacan plata al enfermo, pero eso sí, lo tratan con conmiseración. Pobre Siro. Hasta la oncóloga, que avisa que si hace domicilio lo cobra aparte. Chorra. Hincho las bolas en la obra social para que manden a un clínico despierto que pueda atajar cualquier desastre antes de que se avecine. Me estoy por ir, pero tengo frío y le saco un pulóver del ropero. Veo los perfumes. Me había equivocado de estante. Nadie robó nada. "Desdramatice", me cacheteó hace unos días mi

analista por teléfono, antes de que mi hermano y mis padres me donen sus bienes para no dejarme en pelotas si los tres se mueren. "Nacer y morir son parte de la vida. Usted está enojada consigo misma por no saber poner el límite", dijo. Me alegró el día.

La casa está llena de gente que entra y sale, todos vienen a levantarle el ánimo a Siro y se paran alrededor de su cama. Yo voy y vengo, aprovecho que está Pablo para acompañarlo a rayos y así puedo retomar algo de mi vida. Quiero joda, tengo ganas de salir, necesito beber, deseo cojer. No-novio está raro, así que le planteo que si pasa algo me lo diga, le explico que puedo hacer un combo de duelo 2x1 y listo. Le digo que, claro, que entiendo que se debe sentir presionado, porque dejar a la mina justo cuando se le está muriendo el hermano podría ser opinable, pero le aviso que lo libero. No, que no quiere perder lo que tenemos, contesta, solo necesita un poco de aire.

Siro pide que no entre mucha luz, habla lo mínimo indispensable, mira solo programas de cocina, come por los ojos. No puedo escuchar a una cocinera boluda más diciendo "mirá estos colores, sentí el aroma" o esos doblajes neutros "oh sí, qué apetitoso luce". Él no quiere que vengan a verlo nuestros viejos. Discutimos porque dice que lo trato como a un pelotudo. Le hago un Andrea Celeste reloaded. Al día siguiente le digo que por más que esté enfermo tenemos que poder decirnos "no me hinches las bolas" o "sos un forro". Acuerda. Pero me termino peleando con Blas, que dice que yo no estoy capacitada para comandar la situación porque no soy médica, que él haría otra cosa, que necesita una figura paterna en la que apoyarse para confiar. Y a mí qué poronga me importa, qué pena que estoy yo a cargo, man. Me matan estos varones rígidos y estructurados con el inconsciente a flor de piel.

Conmoción cerebral por el traumatismo causado al cortarse el cable del ascensor.

Consigo que la obra social ponga un clínico de cuidados paliativos. Le pido que le recete un antidepresivo a mi hermano y Alplax para mí. A él porque diagnostico que estaba deprimido desde antes y a mí para poder dormir. Gracias a San Escitalopram, a los pocos días Siro empieza a sonreír y a tener ganas de cosas. Hace chistes, jode un poco, me acuerdo cómo era de joven. No sé cuánto hace que no lo veía así. Yo logro dormir seis horas aunque nunca de un tirón. Un lunes, cuando vuelve la cuidadora de la semana, le cuento un avance que hizo el domingo. "¿Viste?, te tenés que ir para que haga cosas solo", le digo, y se me pone a llorar. Dice que ella lo quiere, que no puede verlo mal. Hace un mes que lo conoce y termino conteniéndola. Otra que necesita medicación.

Pasan los días, todo entra en una calma química casi alegre. Se acerca el fin de las veintiocho aplicaciones de rayos, que se superponen con el inicio de la quimio. La última semana, Siro va saludando gente por los pasillos del instituto oncológico, orgulloso cuando le dicen que lo ven mucho mejor. Eso sí, sigue aferrado a la silla de ruedas, a la que no renuncia aunque ya pueda caminar. "Gracias, muchachos", se despide del camillero y del chofer de la ambulancia cada vez. Siempre le gustaron las rutinas.

Se ve que el tratamiento ha surtido su efecto y empieza a tragar. Ah, la medicina, tan inexacta y tan eficaz. Si tose o se atraganta, es mala señal. Pero no, traga nomás. Primero agua: una cucharadita de café, luego una de postre, después sorbitos. Todo va bien, puede seguir con helado sin pulpa y sin culpa. Le compro de limón. Me preparo para presenciar qué le pasa a alguien que no come hace tres meses, quiero ver esa cara. Es todo un acontecimiento. ¿Por dónde pasa el placer si no comés, no cojés, no leés? Espero una reacción espectacular. Abre mucho los ojos al tragar, pero tiene la mirada puesta adentro suyo. Ni un mísero mmmmm.

Otro día llego justo cuando está por probar la sopa. Si tardaba dos minutos más me la perdía. Nadie me avisa. Me molesta, casi todo me molesta. Que no me dijera que le daban rayos también de espaldas, y creer que esos lamparones rojos eran futuras escaras, que no me avisara que bajó la escalera solo, que coma cosas sin avisar. Hace tres meses que estoy pendiente de cada mini detalle de su condición, tratamiento, historia clínica y nadie me espera para que él tome la sopa o arriesgue con queso blanco. Ingratos.

Al contrario de lo esperable, a Siro la quimio lo deja hambriento y manija. Empieza un círculo virtuoso, sale a comer puré con sus amigos, camina, dice que fue el mejor sábado de su vida, se saca fotos en las que sale con ese nuevo gesto de los ojos muy abiertos. Hay que pesarlo todas las semanas. Al principio no quiere, pero cuando accede me dice que me pese yo también. Acepto el desafío. Él engorda, yo adelgazo, todo en orden. Lo jodo, le hago "el aire es libre, el aire es de todos" mientras muevo mi mano a centímetros de su cara, "toco el aire, a vos no te toco". Eso le divierte, volvemos a tener yo 10 y él 15 años.

Explosión de órganos internos al caer por el balcón luego de perder el equilibrio subido a un banquito para regar una planta colgada en un vértice.

Aprovecho su mejoría para irme a la costa entre quimios. Sus amigos desaprueban, aunque lo disimulan. De los cinco días, dos viene no-novio y tres, mi hija. Me descompongo la mitad del tiempo. Cuatro, nublados con lluvias aisladas. Uno de sol, pero un tractor mueve arena de ocho de la mañana a el culo te abrocho justo delante de mi habitación, una que elegí para abrir la puerta, pisar la playa y que más allá solo sea el mar. Cuando logro relajarme y sentirme bien, me tengo que volver.

Estuvo todo tranquilo. No hice falta. Parece que Siro anda diciendo que está bien que yo recupere mi vida, porque los que me desaprobaban disimuladamente ahora me dicen eso. No sé si agradecer, putearlos o reírme. Tomo todo lo que me dan. Quien sea. Poco o mucho. Tiempo libre, abrazos, chocolates, ayuda, vino, carne, amor, sexo, plata, trabajo. Nada me devuelve mi alegría. Puedo divertirme un rato, pero mi alegría innata, esa que se transformaba en sonrisa, ya no está. Algo se la comió.

RESEÑA



BAJO SUS PIES, DE LETICIA OBEID: EN EL NOMBRE DE LA MADRE, DE LA HIJA Y DE LA PAMPA GRINGA

A lo largo de un año en la vida de Elena, la escritora cordobesa lleva a quien lea hasta el pueblo natal donde la protagonista se instala para evadir un duelo con series y películas. Pero al ritmo del barbecho, la siembra y la cosecha se entrega al cumplimiento de un mandato familiar mientras derriba prejuicios, ajenos y propios.

POR: MARÍA PAZ TIBILETTI

... que esta muerte no me destruya por completo quiere decir que decididamente quiero vivir perdidamente, hasta la locura... Roland Barthes. Diario de duelo

"Una sola muerte mata muchas cosas", dice la protagonista de *Bajo sus pies* (Blatt & Ríos, 2020), la última novela de Leticia Obeid, también autora de *Frente, perfil y llanura* y *Preparación para el amor* (publicadas por la editorial cordobesa Caballo negro, en 2013 y 2015 respectivamente). La que habla es Elena, una joven artista que vive en Buenos Aires y vuelve a su pueblo natal después de la repentina muerte de su madre. Entonces, se instala en la casa donde pasó su infancia y adolescencia, que ahora es el lugar para transitar su duelo.

El último proyecto de su madre había sido tomar las riendas del campo de la familia, que hasta ese momento se alquilaba. Al estar ahí, Elena se propone administrarlo, como si ese hubiera sido un mandato familiar, de herencia o linaje, aunque nunca fue algo dicho, o impuesto. Pero ella lo toma así: es realizar ella, de alguna forma, lo que su mamá deseó hacer y no pudo.

En medio de la pampa gringa y el dolor, se propone entender cómo funciona la industria agropecuaria, un mundo que le es totalmente ajeno y que la obligará a enfrentarse al prejuicio y escepticismo del pueblo por ser novata, mujer y urbana, tres factores que —dice Elena— "se sienten y retroalimentan". Así, guiada por el deseo de su madre, comienza a aprender los códigos de la vida rural y, a lo largo de ese proceso de aprendizaje, también repasará la historia familiar para enfrentarse con algunos fantasmas de su pasado.

Mientras Elena avanza con ese proyecto, la novela de Obeid narra también otra historia: la de los vaivenes económicos de la Argentina, desde el auge de la industria agrícola hasta la crisis de los años 90 y el boom de la soja, a través de la propia historia familiar. La autora, nacida y criada en Córdoba, contó en más de una ocasión que varias cosas que pasan en la novela están inspiradas en los vaivenes de su propia familia materna, que tuvo una fábrica que abrió durante el primer peronismo y se fundió durante el menemismo.

Desde ese lugar, lo social y lo político se cuelan tímidamente en el relato. En una entrevista publicada por la agencia Télam en 2020, cuando presentó su libro, la autora dijo sobre su familia: "Mucho de lo que les pasó fue vivido como un cúmulo de fracasos personales cuando en realidad eran la globalización y las políticas económicas que arrasaron con todo, fuerzas más grandes que el individuo y su comunidad, incluso. Llevó años y una perspectiva más aérea entenderlo. Pero en momentos de emergencia, justamente, lo que no hay es tiempo para pensar y entender".

Noetinger, la localidad cordobesa a la que regresa Elena, funciona como un retrato de esa Argentina y, particularmente, de esos pueblitos —"vida urbana de pequeña escala"— que se extienden por todo el país con sus códigos, dinámicas y hasta su forma de ocupar el tiempo libre. Entre las cosas que la protagonista dice no extrañar de la ciudad, menciona que no hay ocio, todo

debe estar siempre ocupado por algo, "la imposibilidad del vacío, de la detención, del silencio", dice. *Bajo sus pies* está dividida en tres capítulos que responden a las etapas del trabajo agrícola —el barbecho, la siembra y la cosecha— y marcan también el ritmo del duelo que atraviesa la protagonista.

El barbecho es el descanso entre siembras y cultivos, un momento de espera y planificación, que en el relato de Obeid es también el de la llegada de Elena a Noetinger, cuando sucede el reencuentro con la casa familiar y se descubre conviviendo con la ausencia materna en cada rincón. Esa falta, que la protagonista siente tan presente, la lleva a usar la ropa de su madre, dormir en su habitación, cuidar a su perra, continuar el proyecto en el campo, como si vivir así fuera una forma de traerla de nuevo a la vida. La tristeza de la hija se presenta en el relato a través de esa rutina silenciosa y solitaria, pero sin llegar a convertirse nunca en una narración melancólica ni condescendiente con la protagonista.

La siembra es el acto de colocar semillas en la tierra para que germinen y desarrollen plantas nuevas. Y será también el tiempo en el que Elena tome impulso, se apropie de nuevos saberes, los del cultivo y la tierra, pero también los más íntimos, personales, que la llevarán a preparar el terreno para la tan deseada cosecha. Con una prosa descriptiva y cargada de imágenes sensoriales, Obeid juega con las oposiciones entre el campo y la ciudad, el trabajo manual y el intelectual, la luz y la oscuridad, el silencio rural y el bullicio urbano, para indagar sobre la posibilidad de que esos dos mundos convivan —o no— en uno solo.

Durante el año en el que transcurre la historia, Elena se pregunta una y otra vez si está lista o no para volver a Buenos Aires, como si atravesar el duelo implicara también regresar a ese espacio donde habitaba su madre, rebobinar el tiempo hasta ese pasado que vivieron juntas y del que solo podría salir una vez que haya podido despedirse, "había que llegar a la cosecha nomás, y ahí barajar de nuevo". Entonces, su cosecha podría ser finalmente comprender que una muerte no solo mata muchas cosas, sino que también puede ser un aprendizaje, y que ella tiene "una modesta pero firme voluntad de vivir".

Bajo sus pies, de Leticia Obeid. Blatt & Ríos,2020. 241 páginas. Se consigue en formato físico y digital.





Se tatuó las iniciales de su nombre con el plumín que usaba en las clases de plástica. Tenía 12 años. Su madre se puso furiosa cuando lo descubrió, el reto fue terrible. Tanto, que le quedó marcado —como la J y la M que todavía conserva en el tobillo— y se aguantó las ganas de volver a hacerse algo hasta que cumplió 18. Era 2006 cuando Juan Manuel Sancho, conflictuado con su profesión de diseñador gráfico, fue a visitar a un amigo en su trabajo como aprendiz en Welldone Tattoos, un estudio que había abierto hacía poco y actualmente es el lugar ideal para quienes aman el tradicional americano. Ahí, clavado como una daga en el barrio de Palermo, en Buenos Aires, entre bares y tintas, encontró algo que redireccionó su vida.

Tenía 22 años y le gustaba dibujar, cuenta, así que pegó onda con el resto de la gente del lugar y de pronto, además de ir como cliente, se quedaba a hacer diseños. "En aquel momento no sabía o no decía que quería hacer tatuajes, si no que me parecía un ejercicio entretenido para pispiar un mundo, pero sin entregarme", cuenta ahora Piranha, que década y media después se dedica seria y formalmente al arte del tatuaje en aquel estudio y también por su cuenta, en un espacio privado en el barrio porteño de Belgrano.

Pero convertirse en tatuador no fue tan sencillo como grabar con tinta china su cuerpo preadolescente. Pensar en que iba a dejar una marca sobre la piel de alguien para toda la vida lo detenía. "Eso es lo más dificil, lo más estresante", dice ahora, que ya tiene 37 años y los brazos cubiertos de dibujos, figuras y colores. Pero finalmente el hombre ilustrado de esta historia logró quitarse el freno. "Una de las formas fue desdramatizar, sacarle cierta cosa solemne a la idea de lo permanente, convertir algo que vivía como abrumador en otra cosa. Esa es mi estrategia.", dice mientras su gata Elvira pasea delante de su enorme biblioteca. Porque además de agujas y lápices, este recorrido tiene libros.

La precuela de esta historia es en el universo de las artes en general, y no solo data del tiempo en que Juan Manuel Sancho todavía no era Piranha, sino que incluso se remonta a un período anterior a su nacimiento. Viene de familia. Su abuelo fue un pintor que, en un arrebato de frustración, incendió toda su obra antes de que su nieto pudiera conocerla. Su abuela fue profesora de piano. Su madre, escritora y guionista. Y su padre, artista plástico y director de arte de una revista. "El dibujo siempre fue lo que más me impactó. Lo vi a mi viejo pintar con acrílicos, con distintas técnicas, desde que tengo uso de razón, pero lo que más me llamó la atención lo encontré en su carpeta de dibujos, y también en los libros de ilustradores que había en mi casa, como los de Caloi o Quino. La cosa del trazo fue lo que más se me impregnó. Desde chico, el dibujo se me quedó en el cuerpo", dice y recibe sonriente a Elvira sobre sus piernas cruzadas. En su casa, lo rodean cuadros y bibliotecas.

Piranha no solo tatúa, también expone sus ilustraciones y pinturas, en espacios como la galería de arte Hollywood in Cambodia, que realiza mayormente con tinta china, acuarelas y acrílicos líquidos. En sus obras —las que son sobre papel, lienzo o madera, pero también las que realiza en pieles—, los protagonistas son los animales, casi siempre furiosos y atléticos; calaveras sonrientes, vivas; mujeres hermosas, a veces mutantes; y flores, sobre todo las rosas clásicas del

tattoo americano. Todo eso combinado en colores intensos, pero también con mucha presencia del negro. "Mi trabajo es el resultado de una búsqueda constante, inconsciente y bastante maravillosa, porque voy encontrando belleza en el caos. Para mí, en eso se basa la experiencia humana", reflexiona.

—¿Encontrás alguna relación entre la ilustración y lo narrativo?

—En la adolescencia me involucré mucho con la escena hardcore punk. En ese ambiente, si no tenés una banda, ayudás organizando algo o hacés una publicación independiente. Yo fui por esto último. A los 16, empecé con los fanzines; el primero se llamó Huellas, le siguieron algunos sin nombre y después vino Piranha. Ahí entró una cosa que no tenía tan presente, que era la escritura. Cuando era chico escribía cuentos, todos terroríficos, gore. Y con los fanzines eso volvió; junto al dibujo, llegó la poesía, que leía por influencia de mi vieja.

—¿Qué más leías en esa época?

—Me acuerdo de bandas de los 90 que estaban muy influenciadas por ciertos poetas malditos o escritores controversiales. Era común escuchar una canción y buscar los textos o los libros a los cuales hacía referencia. La poesía entró primero por las letras de canciones. Escuchaba y después investigaba la biblioteca de mi casa, que era gigante. Baudelaire me impactó un montón. También François Villon, que es un poeta francés del siglo xv. Me gustaba mucho Antonin Artaud, porque era revolucionario, magnífico y loquísimo. Y Ray Bradbury. Y Hermann Hesse. Cosas que para mí fueron claves. Como Salinger, por ejemplo. Leer El guardián entre el centeno me parece que te marca cuando estás creciendo. Son lecturas importantes, igual que Alejandra Pizarnik.







Toda esa época fanzinera es parte de la gesta de Piranha, a quien mucha gente conoce más que nada como tatuador, pero que además de también hacer y exponer su obra, finalmente tuvo sus bandas, en paralelo a sus fanzines y durante mucho más tiempo después. Fue cantante y escribió las letras en varios proyectos hardcore. El último se llamó Nada y, antes de disolverse en 2020, grabaron Pop Suchard, un EP que se puede escuchar online (https://naaadddaaaaa.bandcamp.com/album/pop-su chard).

La letra del tema Máscaras dice: "Arrancá la piel de tu cara / invitá a tu sangre a jugar fuera de las arterias" y termina casi implorando "dejá todo atrás". Piranha sonríe y se acomoda en la silla cuando escucha su poesía recitada y se excusa, ya riendo: "Es una letra súper adolescente que escribí a mis treinta y pico. La idea de Nada era que las canciones tuvieran un sentido estético. Pensamos en la contundencia que pueden tener las frases. No me gusta mucho explicar las canciones, son como imágenes".

—¿Esas imágenes se parecen a tu obra como artista visual?

—Creo que el tema eterno de lo que hago, lo que escribo y lo que pinto es lo disruptivo, lo contracultural, el salirse de uno mismo, el explorar ciertos lugares oscuros. Me gustan las imágenes que llaman la atención, lo que es fuerte, lo que impacta. También me interesan el cine y la literatura que van por ese lado. Por eso, me gusta mucho el terror y lo fantástico. La idea de romper los moldes es súper importante para mí. Casi vital. Incluso me interesa ser disruptivo en moldes que banco.

—¿Como, por ejemplo, el tradicional en el tatuaje?

—Sí. Cuando me preguntan cuál es mi estilo, la verdad es que no sé. Uso el tatuaje tradicional, las líneas sólidas, la imagen de contraste, pero no me gustan las cosas que se pueden reconocer fácilmente y encasillar. Me gustaría ir por el camino establecido de ciertas tendencias artísticas, pero la verdad es que no me sale. Y me identifico con otras personas que hacen algo similar. Mis tatuadores y cineastas favoritos no son los que siguen a rajatabla un estilo.

Fiel a sus gustos, no puede negar que él también se mueve por fuera de lo establecido. Incluso, aceptando propuestas que en principio no sabía ni cómo iba a realizar. Así fue que hizo Pun y la música de la Tierra, por ejemplo, que es un libro de divulgación científica para público infantil, con características inclusivas para personas con discapacidad visual. Lo publicó en 2019 Ayni Lab, un espacio de trabajo multidisciplinar concebido para investigar y experimentar con el arte y la tecnología, y el resultado se distribuyó en bibliotecas y escuelas de todo el país. El texto, de Nicolás Schuff, cuenta la historia de un monito nativo de los montes patagónicos y su relación con el entorno. Las imágenes, que podrían haber sido imposibles, son de Piranha.

—¿Cómo es ilustrar para personas con discapacidad visual?

—Estuvo buenísimo. Juan Rey, que es un artista que, entre otras cosas, fabrica robots que pintan, me invitó a ser parte de este libro para niñes con discapacidades visuales y no videntes. Fue como: "che, pero me estás invitando a ilustrar para niñes que no pueden ver, es rarísimo". Y obvio que dije diez veces sí. Me interesó porque no era comercial y también por la importancia de generar consciencia con cuestiones ambientales. El libro fue impreso en tinta y en braille. Los dibujos los hice en trazo y después se imprimieron sobre relieve, para que las ilustraciones se puedan explorar.

__;Ser un gran lector le aporta a tu experiencia como artista visual y tatuador?

—Me interesa mucho el ejercicio de desarrollar un mundo imaginario que obligadamente tengo que replicar en un producto gráfico. Desde que estoy más involucrado con la literatura, ese mundo se enriqueció mucho. En mi caso, lo narrativo alimenta mucho lo visual. Así como a alguien que escribe ver un cuadro o escuchar una canción le puede resultar inspirador. Me parece súper interesante la retroalimentación entre mundos. Y en cuanto uno se anima más a explorarlos, como consumidor o realizador, todo se enriquece.

—¿Tu trabajo visual dialoga con algún género literario?

—Sí, con el terror, sobre todo. Busco lo macabro, lo siniestro, lo ominoso, la imagen que perturba. Encuentro influencias también en la ciencia ficción y en el fantástico. Me gusta cuando mi arte tiene un atisbo de eso. En la obra de Lovecraft, por ejemplo, hay monstruos indescriptibles. Y explorarlos en el dibujo es algo que me fascina desde chiquito. Siempre busco monstruos nuevos para representar.



—¿Cómo vas eligiendo qué leer?

—En un momento buscaba solo dentro del terror, la ciencia ficción o el fantástico. Pero con el tiempo empecé a leer a otros autores que me llevan a distintos lugares, que me generan, entonces, otras reflexiones y emociones. Con lo narrativo busco vivir una experiencia, meterme en otro mundo, olvidarme de mí. Actualmente, busco autores y obras que me produzcan eso. Arranco con un cuento y, si me gusta, sigo explorando. Me pasó con Roberto Bolaño, del que me encantaron sus relatos; a partir de ahí me animé a sus novelas y finalmente leí Los detectives salvajes, fue maravilloso. Lo mismo con Mariana Enríquez, que escribió algo sobre la pandemia, me pareció fantástico y me interesó ver qué hace en ficción. Voy tanteando. Me interesa hacer el ejercicio de buscar libros que son difíciles de conseguir, también. Los últimos fueron Azul casi transparente, de Ryu Murakami; la obra completa de Thomas Ligotti; y La casa de hojas, de Mark Z. Danielewski, que es la próxima gran novela que voy a leer. Me gusta la búsqueda en sí misma, estar horas investigando qué leer. Siempre parto desde la curiosidad.

Aunque facilitaría la tarea de encontrar rarezas, no lee en formato digital. "Me gusta el objeto libro. Me brinda algo, un sentimiento como de seguridad, tener cerca un libro que me encanta. Hasta quiero tener los que no termino de leer. Me sirven de consulta o como fetiche. Saber que ante cualquier cosa tengo un libro a mano me serena", dice.

En su descenso, el sol se filtra por entre la pequeña jungla del balcón de Piranha, alumbrando de naranja rojizo los diseños, pinchados en las paredes, que esperan un cuerpo. La biblioteca repleta parece incendiarse, pero por suerte no, es solo una ilusión, como la versión carmesí de Elvira, la gata de ojos monstruosos que busca la mano tatuada para una caricia y llama a su humano con un maullido. Él se acerca y, mientras la acaricia, también queda pintado por el sol. Como un cuento, un cuadro o un tatuaje.

